

Letras Hispanas

Volume 17

SPECIAL SECTION: Poesía de la Transición

TITLE: Magisterio y legado de los poetas del 27 durante la transición (el caso de Luis García Montero)

AUTHOR: Julio Neira

E-MAIL: jneira@flog.uned.es

AFFILIATION: Universidad Nacional de Educación a Distancia; Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura; Facultad de Filología; Senda del Rey, 7; 28040 Madrid, España

ABSTRACT: The evolution from a long dictatorship to a parliamentary democracy, which took place in Spain between 1975 and 1982 approximately, represented a new paradigm in all areas of the Spanish society, and in the cultural space too. In the context of the history of literature, a new class of young poets appears that writes a type of poetry that is committed to expressive clarity and realistic themes. These young poets represent a break with the immediately previous aesthetic current, which was characterized by culturalism and the tendency to escapism from reality. In this period the influence of the generation of '27 was maintained, which was carried out in various ways. First, an influence on the successive post-war promotions, which occurred through a direct and personal teaching of Vicente Aleixandre, who was replaced by Rafael Alberti upon his return from exile. A second type of influence was established through the poetic legacy of writers who had died in previous decades, such as Federico García Lorca and Luis Cernuda. This paper analyzes the influences of this generation in the life and poetry of Luis García Montero, one of the main referents of the poetry in the Spanish transition period.

KEYWORDS: Political Transition, Poetic Magisterium, *Otra sentimentalidad*, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Luis García Montero

RESUMEN: El proceso de evolución institucional desde una larga dictadura a una democracia parlamentaria que se produjo en España entre 1975 y 1982, aproximadamente, supuso un cambio de paradigmas en todos los ámbitos de la sociedad, el cultural entre ellos. En lo que a la literatura se refiere, la irrupción de una nueva promoción de poetas jóvenes de dicción clara y temática realista, supuso una ruptura con la inmediatamente anterior, propensa a un culturalismo elusivo de la realidad. En ese período se mantuvo la influencia magistral que la llamada generación del 27 había ejercido sobre las sucesivas promociones de posguerra, bien a través de un magisterio directo y personal de Vicente Aleixandre, reemplazado ahora por el más próximo de Rafael Alberti a su regreso del exilio; bien a través del legado poético de la obra de escritores fallecidos décadas atrás, como Federico García Lorca y Luis Cernuda. Todo ello se estudia en la vida y la poesía de Luis García Montero, uno de los principales referentes de la poesía de la transición.

PALABRAS CLAVE: transición política, magisterio poético, *Otra sentimentalidad*, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Luis García Montero

BIOGRAPHY: Julio Neira es Doctor en Filología Hispánica y Catedrático de Literatura Española en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid. En su bibliografía reciente destacan: *Historia poética de Nueva York en la España contemporánea* (2021), *Trasluz de vida. Doce escorzos de Gerardo Diego* (2013), *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald* (2014), *De musas, aeroplanos y trincheras (Poesía española contemporánea)* (2015), *Claves para el estudio de la poesía del 27* (2021).

ISSN: 1548-5633

Magisterio y legado de los poetas del 27 durante la transición (el caso de Luis García Montero)

Julio Neira, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Después de la guerra civil de 1936-1939 y durante la mayor parte de la posguerra bajo la dictadura franquista la poesía española recorrió en líneas generales primero el camino de un escapismo respecto a la realidad de la devastada sociedad española de signo clasicista, impulsado por la ideología del Nacional-catolicismo y reforzado por la dureza de la censura gubernativa (grupo Garcilaso), junto a la que se abrió paso un tímido neoromanticismo de origen prebélico (Rosales, Vivanco, Hierro, etc.) (Rivero Machina 404-36); pero a finales de la primera década y en la segunda se inició una poesía de intencionalidad social (Eugenio de Nora, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Victoriano Cremer, Leopoldo de Luis, etc.) que, con modulaciones estéticas como las propuestas por el llamado grupo del 50 (desde Caballero Bonald y Ángel González a Gabino-Alejandro Carriedo y Ángel Crespo o Gloria Fuertes), llegó casi hasta mediados de los 60.

Si hasta entonces esas diversas tendencias estético-ideológicas se habían venido sucediendo en una evolución no rupturista, pudiendo convivir en escaparates significativos como las revistas poéticas, a partir de finales de los 60 el grupo de los llamados *novísimos* o generación del 68 (Lanz 15-23) reaccionaría con notable acritud contra las promociones inmediatamente anteriores; y comenzó una época de reacción y ruptura generacional, que será la que domine en los 80 y 90. Pero si algún rasgo equipara a todos los grupos de ese casi medio siglo es su respeto por los poetas de la generación del 27, cuya influencia acusada en mayor o menor medida de unos

u otros se deja sentir en todas las promociones sucesivas. El conocimiento de la obra de aquellos poetas, directo o a través de las antologías de Gerardo Diego de 1932 y 1934, incluso la que estaba rigurosamente prohibida por motivos políticos—pero se filtraba por las fronteras y se adquiría en librerías *especializadas* con no pocas cautelas—se encuentra en la formación inicial de casi todos los poetas españoles posteriores a la guerra civil.

Las páginas que siguen se dedican a estudiar el distinto modo en que se produjo el magisterio de dos poetas vivos de aquel grupo paradigmático, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, por contacto personal, muy vivido, y cómo pervivió el legado de otros dos fallecidos décadas antes: Federico García Lorca y Luis Cernuda, a través de sus libros, en el tiempo posterior a la dictadura, cuando la sociedad española empezó a cambiar notablemente, el tiempo histórico que denominamos la Transición. He elegido para ello el grupo granadino de la “otra sentimentalidad,” que surge en los primeros años 80, y de manera especial la obra de Luis García Montero, el exponente más significativo de la llamada poesía de la experiencia, que en buena medida es el principal referente de la joven poesía del cambio de siglo, hasta la actualidad.

En el año 1977 ocurrieron acontecimientos de singular importancia para la historia de la España contemporánea. Tras la muerte del dictador Francisco Franco en noviembre de 1975, durante el año siguiente el rey Juan Carlos I maniobró con las

fuerzas del Régimen para hacerles encajar la idea de que también el franquismo político (otra cosa sería el sociológico) había muerto y había que dar paso a un nuevo tiempo. El certificado de defunción de las aspiraciones de los nostálgicos de la dictadura cristalizó en la Ley para la Reforma Política, aprobada en referéndum el 15 de diciembre de 1976 y promulgada el 4 de enero de 1977. A partir de ese momento, y con no pocas sacudidas del terrorismo de vario signo, que pretendía imposibilitar con sus atentados la transición a una democracia parlamentaria equiparable a las europeas, se sucedieron con rapidez decisiones, como la legalización del Partido Comunista el 9 de abril, que allanaron el camino para la celebración de las primeras elecciones generales libres desde la República, que tuvieron lugar el 15 de junio de 1977.

Ese año debe señalarse también como significativo en la historia de la literatura española, pues el final de la dictadura y la constitución de un parlamento democrático fueron saludados por la Academia sueca con la concesión del premio Nobel de Literatura a Vicente Aleixandre, uno de los más representativos poetas de la generación de 1927, de cuya fecha entonces se cumplía el cincuentenario. Esa promoción de escritores eminente, aunque no exclusivamente, poética tenía en la España de ese tiempo un claro carácter simbólico. Había sido cercenada en plena madurez creativa por la honda herida de la guerra de 1936-1939; y obligada en una gran parte a exiliarse para no sufrir las represalias de los vencedores, dada su mayoritaria simpatía por la República. La prensa especuló que la Academia sueca quiso distinguir a una de sus principales figuras vivas como homenaje a la resistencia grupal al fascismo y la defensa de la dignidad que le había caracterizado. De las diez canónicas figuras seguían viviendo Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti. Al parecer se barajaron los nombres de los dos últimos; y contaría Benjamín Prado que el gaditano fue descartado porque decidió presentarse a las elecciones como candidato del Partido

Comunista (*A la sombra* 72). Si Alberti representaba el exilio de la generación a otros países, quedaba Vicente Aleixandre, que representaba el exilio interior, pues había sufrido el ostracismo en los primeros años de posguerra y después la sospecha permanente por su conocida disidencia con la dictadura.

La rotunda negativa de Aleixandre a colaborar de ninguna forma con el régimen de Franco le hizo referente de la generación del 27 en el interior para las sucesivas promociones poéticas surgidas entre 1940 y 1970. Como ya estudié en otros lugares (“Vicente Aleixandre” 217-44; “El magisterio” 187-94) la preeminencia de la poesía aleixandrina en esas décadas fue inquestionable, desde *Sombra del paraíso* (1944) a *Diálogos del conocimiento* (1974); en esos treinta años las distintas oleadas de jóvenes que se iniciaban en la poesía y sus revistas buscaron su consejo y su apoyo. Ángel Prieto de Paula afirmó: “En suma, las líneas de evolución de la poesía española en los cincuenta años centrales del siglo XX no pueden entenderse sin recurrir a Vicente Aleixandre; y la maduración de numerosos escritores ha seguido pautas y ritmos en que la incitación intelectual de Aleixandre resulta determinante” (184).

El premio Nobel venía a reconocer y ratificar con suma justicia ese magisterio constante, la alta calidad lírica de su obra, su ejemplaridad cívica, etc.; y así por todos fue celebrado. Pero también supuso una especie de canonización laica, y la explosión mediática que trajo consigo contribuyó a hacerle menos accesible a amigos y visitantes. Si a eso le sumamos la fragilidad crónica de su salud, agravada en esos días irrevocablemente, el resultado fue una notable desconexión con la promoción poética más joven, la que se dio a conocer en los primeros años 80, que no quiso seguir el mismo magisterio que habían respetado los anteriores; no querían convertirse en epígonos de maestros videntes desde hacía tantos años; querían paradigmas nuevos, referentes de innovación, rebeldía, libertad, acordes con los nuevos tiempos de una España joven, de

una democracia recién nacida que entroncaba directamente con los ideales republicanos. Y en la misma medida en que Aleixandre era reconocido por los llamados *novísimos*, con cuyos planteamientos de lenguaje poético tuvieron mucho que ver los últimos libros del señor de Velintonia, fue ignorado por la siguiente promoción, la de Luis García Montero y los poetas del realismo meditativo. De modo que tanto la figura de Aleixandre, fallecido en 1984—el mismo año que Jorge Guillén, tres antes que Gerardo Diego—y su poesía cayeron en un silencio espeso y persistente, no sólo entre los poetas jóvenes, sino que, como afirma Prieto de Paula: “A su muerte pareció cernerse sobre su obra un silencio por parte de los simples lectores de poesía del que no ha salido aún” (184), tal vez porque la imagen del maestro de poetas en la posguerra prevaleció sobre la de creador en el ambiente cultural de la época; y porque los rumbos de la poesía viraron a un lenguaje menos hermético que el de sus últimos libros.

El distanciamiento de la poesía aleixandrina que realizaron los más jóvenes no se trataba de un rechazo generalizado al magisterio de los poetas del 27 por su lejanía generacional. Por el contrario, en otros de aquellos hallaron una fundamentación decisiva para su desarrollo y maduración poética. Como resultado de la legalización del Partido Comunista volvieron a España en 1977 algunos de los exiliados republicanos que se mantenían fuera del país. Entre los más significativos se contaron Rafael Alberti y María Teresa León, ésta ya seriamente enferma, que llegaron a Madrid el 27 de abril, y Dolores Ibarruri, Pasionaria, que lo hizo el 13 de mayo, ambos miembros del Comité Central del PCE. Su regreso tenía el propósito de participar en el proceso electoral. Tanto Ibarruri como Alberti fueron elegidos diputados por Asturias y Cádiz, respectivamente; y aunque su papel parlamentario sería solo testimonial, los dos ocuparon un lugar

preminente en el imaginario simbólico comunista. En el caso de Rafael Alberti, a su significado político se sumaba el literario. Luis García Montero afirmaría:

Cuando volvieron a España, después de 38 años de exilio, el 27 de abril de 1977, el regreso de la pareja significó un capítulo importante en la conquista de la normalidad democrática. Sus nombres representaban la cultura republicana, la cultura que había intentado modernizar el país en los años 30 y que había sobrevivido en el destierro, contra viento y marea, para mantener la memoria de un sueño derrotado en la Guerra Civil. (“Cuando” 11)

Pocos meses después de las elecciones, en septiembre de 1977 abandonó el escaño y volvió a Roma para seguir escribiendo y pintando; aunque no tardaría en trasladarse definitivamente a España, donde era requerido desde muy diversos lugares para dar recitales de su poesía, que solían tener una intencionalidad política en las *Coplas de Juan Panadero*. Fue entonces cuando los jóvenes poetas granadinos del incipiente grupo de la “otra sentimentalidad” pronto dominante en el sistema poético español, entraron en contacto con él y asumieron su magisterio poético y personal. En realidad, la poesía de Alberti nunca había dejado de estar presente en los poetas españoles durante la posguerra, de una manera más o menos soterrada, como demostró Díaz de Castro (“Presencia” 185-228); y coincidiendo con su regreso, se publicó un multitudinario homenaje poético bajo el título *Del corazón de mi tierra* (1977), en edición del gaditano Francisco M. Arnáiz. Lo formaron ciento cuarenta y un textos en prosa y verso en las cuatro lenguas del Estado. Fue un reconocimiento poético y una manifestación política como símbolo del regreso de las libertades. Además, se celebraron infinidad de actos públicos en esos años, exposiciones y estrenos teatrales (“Presencia” 214-16).

El vínculo entre el poeta portuense y sus jóvenes admiradores granadinos se inició a raíz de su visita a la ciudad, tan deseada, el 25 de febrero de 1980. En su “Balada del que nunca fue a Granada,” del libro *Baladas y canciones del Paraná* (1954), Alberti se había lamentado de no conocer la ciudad, cuna y fosa de su llorado amigo Federico García Lorca; y acababa el poema con el propósito “Entraré en Granada,” lo que daba a su visita carácter de cumplimiento de una promesa, de un triunfo sobre la historia aciaga de casi cuarenta años de dictadura y represión (*Poesía*, II, 764). Ese era el significado profundo de esa primera vez que “entraba” en Granada, como entraban los conquistadores medievales después de un asedio, que en su caso fue poético y sentimental. Simbólicamente, el alcalde socialista de la ciudad, Antonio Jara, le entregó la Medalla de oro y las llaves de la ciudad, rindiéndola a su figura aureolada de dignidad y poesía. El poeta y profesor universitario Álvaro Salvador saludó su llegada con un texto de bienvenida en el diario *Ideal* titulado “Marineros en tierra” en el que los jóvenes poetas le reconocen: “Tú de patrón buscando por puertos y enseñadas la sal y la marisma de tu niñez perdida. Nosotros en mástiles y en jarcias, luchando como sordos cantores que en la noche buscaran el dorado rumbo de la libertad” (Egea 10-11).

El poeta y novelista Benjamín Prado, que por entonces cumplía veinte años y le serviría durante trece años de acompañante, ha explicado así su significación en aquellos momentos:

En 1981, poco después de su regreso a España tras treinta y ocho años de salvaje destierro, era un auténtico mito literario y civil, una celebridad que habría escrito obras esenciales [. . .] también era un viejo luchador por la libertad, un defensor de la República y un héroe de la guerra civil cuyo nombre ondeaba como una bandera en la mente de algunos ciudadanos y llenaba de ira el corazón de otros. (11-12)

De alguna manera, Granada prohibaba a Rafael Alberti. También su Universidad, sin duda gracias a la influencia del catedrático de Literatura Juan Carlos Rodríguez, de ideología marxista y militancia comunista, que en torno a sí había formado una escuela académica y una célula comunista, la “Antonio Gramsci,” a la que pertenecieron poetas y estudiantes como Javier Egea, Juan Vida, Luis García Montero, José Carlos Rosales, Álvaro Salvador o Antonio Jiménez Millán. Juan Carlos Rodríguez, autor de *Teoría e historia de la producción ideológica* (1974), un libro muy novedoso en el panorama académico español, organizó en 1975 un homenaje a Antonio Machado y en 1976 fue el impulsor de la conmemoración del cuadragésimo aniversario de la muerte de Federico García Lorca en su Fuentevaqueros natal, un homenaje que tuvo honda repercusión nacional. La primera aproximación a Rafael Alberti fue en enero de 1978, con la reproducción en el primer número de la revista universitaria *Letras del Sur* de un dossier preparado por Antonio Jiménez Millán y Andrés Soria Olmedo con documentos de la revista *Octubre*, fundada por el gaditano en 1933, que no habían vuelto a ser publicados desde aquella fecha: artículos de César M. Arconada y Alejo Carpentier, poemas de Rodrigo Fonseca y Emilio Prados, bases del Concurso de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios.

Dos años más tarde, Jiménez Millán y Soria Olmedo publican sus primeros artículos sobre Alberti. Ambos preparaban sus tesis doctorales bajo la dirección de Juan Carlos Rodríguez, que dirigió también enseguida la de Luis García Montero (*La norma y los estilos en la poesía de Rafael Alberti*, 1986); este último editó la poesía completa del gaditano en tres volúmenes en Aguilar en 1988. Juan Carlos Rodríguez incluyó dos estudios sobre el autor de *Cal y canto* (“Albertiana I”; “Albertiana II”) en su volumen *La norma literaria* de 1984. En 1985 se publicó un volumen titulado *Eternidad yacente. Estudios sobre la obra de Rafael Alberti* en la colección del departamento de Literatura Española creada por

Nicolás Marín. En él se reunieron estudios, entre otros, de Luis García Montero, Antonio Jiménez Millán, Álvaro Salvador y Andrés Soria Olmedo. Nombres que, como se ve, se repiten, pues fueron los protagonistas del estrecho nudo que se creó entre Rafael Alberti y la Universidad de Granada. Esta le investió en 1991 Doctor Honoris Causa, su máximo reconocimiento; y en diciembre de 2002 organizó un Congreso Internacional en su memoria. En ese Congreso Álvaro Salvador presentó una ponencia sobre esta relación entre Granada y el poeta, que más tarde amplió en su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada.

Hasta ahora hemos rastreado la vinculación académica. Pero aun más nos interesa la literaria. Singular importancia tuvo en este proceso la semana que dedicó a Alberti el Aula de Poesía de la Universidad, que dirigía Álvaro Salvador, en mayo de 1982, durante la que se sucedieron lecturas públicas, como la celebrada en el patio de la antigua Facultad de Letras, y homenajes, como el celebrado el 12 de mayo en el bar La Tertulia, durante el que se leyó el famoso *Manifiesto albertista*, leído al alimón por Javier Egea y Luis García Montero, que se publicó ese mismo año junto al texto de bienvenida con que Álvaro Salvador recibió al poeta en 1980 y otro de Antonio Sánchez Trigueros con que introdujo al poeta el 11 de mayo de 1982 en un recital en el Palacio de las Columnas de Granada. El *Manifiesto albertista* es una auténtica declaración de “vasallaje poético,” aunque terminaban: “¡Nosotros lo llamamos camarada!” (Iruviedra 21-24).

En este punto, el de la camaradería, puede señalarse otra de las diferencias entre el magisterio de Vicente Aleixandre y el de Rafael Alberti sobre las generaciones jóvenes de la transición. Y dos imágenes explican bien que la actitud de los nuevos poetas hacia ambos.¹ La del maestro de Velintonia era de respeto y veneración, con una distancia formal que evidenciaba la escenografía: contra el fondo de la biblioteca, Aleixandre, vestido con chaqueta y corbata, sentado en una silla es rodeado de izquierda a derecha por los,

entonces, muy jóvenes poetas Javier Lostalé, Ramón Mayrata, Eduardo Calvo, Luis Alberto de Cuenca y Luis Antonio de Villena, también formalmente ataviados.²

Un clima de seriedad y envaramiento emana de la imagen. En la otra podemos comprobar la distensión del final de un almuerzo. Se tomó en uno de los restaurantes del Balcón de Europa en Nerja (Málaga) con motivo de un homenaje que se le hizo a Rafael Alberti en Vélez-Málaga por parte de la asociación Arte y Cultura y el Ayuntamiento de Vélez-Málaga. La iniciativa fue del poeta, dramaturgo y pintor velleño Joaquín Lobato. Alrededor de la mesa llena de copas y platos vacíos, se distingue, de izquierda a derecha, a Rafael Alberti, Javier Egea, Teresa Gómez, Luis García Montero, Álvaro Salvador—a quien agradezco estos datos y el permiso para reproducir la fotografía, seguramente tomada por Anthony Leo Geist—y Joaquín Lobato, todos ellos vestidos de modo muy informal, empezando por el poeta, que lleva una de sus famosas camisas hawaianas. No hay preeminencia, sino fraternidad. Alberti, sin serlo, parece uno más en una reunión de amigos. El poeta ejerce un magisterio horizontal, frente a la verticalidad del aleixandrino. Aleixandre podía ser mentor, incluso confidente de jóvenes que se declaraban sus seguidores, pero difícilmente alcanzaba como Alberti la complicidad de quienes además se declaraban sus camaradas políticos.

El mismo Alberti se refirió en diversos fragmentos de sus textos autobiográficos a su convivencia con el grupo granadino. Por ejemplo: respecto a una excursión a Segovia, “Yo iba acompañado de unos jovencísimos poetas, Luis García Montero, Benjamín Prado y Teresa Rosenvinge” (*La arboleda* 247). Cuando relata su viaje en 1986 a Víznar (Granada) para hablar de su amigo Federico García Lorca en el lugar en que cincuenta años antes había sido fusilado, recuerda:

El poeta Javier Egea y el pintor Juan Vida, dos nuevos granadinos, me llevaron ya muy entrada la tarde [. . .] llegaba sencillamente para recordar a

Federico sólo a través de lo que escribí a todo lo largo de mi vida y que, hace muy poco, un joven creciente poeta de Granada, Luis García Montero, ha recogido en un libro bajo el título, dado por mí, *Federico García Lorca, poeta y amigo*. (268-69)

En otro fragmento recuerda un recital en homenaje a Ernesto Cardenal: “Poetas de Granada como Javier Egea y Luis García Montero, junto a la salvadoreña Claribel Alegría, los nicaragüenses Gioconda Belli, Luis Rocha, Julio Valle, el uruguayo Mario Benedetti y yo recitamos como homenaje al poeta sacerdote y al pueblo nicaragüense” (273). Y entre aquellas personas que lleva en su corazón incluye a “jovencísimos poetas como Javier Egea, Fanny Rubio, Álvaro Salvador, Ana Rossetti, Antonio Jiménez Millán, Luis García Montero y Benjamín Prado con su amor Teresita Rosenvinge” (348). Además, menciona a Benjamín Prado como compañero de viajes por España (218, 256, 317): “Aunque conduce bien no sabe nunca por donde va” (340). Con él tuvo el accidente de tráfico en Madrid a la vuelta de una verbena del diario *El País* un 18 de julio de 1985 (359-60). Benjamín Prado le ayudó a preparar y dar forma a sus libros III y IV de *La arboleda perdida* (361). La nómina se amplía, pues también menciona a Luis Muñoz, que actuó como su secretario durante un tiempo, con quien asistió a un recital de tres jóvenes poetas: Inmaculada Mengíbar, Ángeles Mora y Teresa Gómez, vinculadas al grupo (107).

Tras mayo de 1982 la relación con los jóvenes granadinos, especialmente con Luis García Montero, se intensificó un año después en el II Encuentro de Poetas Andaluces, que se celebró en Granada a principios de mayo, cuya presidencia se ofreció a Rafael Alberti. Participaron casi ciento cincuenta poetas, entre ellos Pablo García Baena, Antonio Gala, Carlos Edmundo de Ory, Fernando Quiñones y José Manuel Caballero Bonald. Rafael Pérez Estrada hizo una exposición de sus cuadros. Se rindió homenaje a los dos poetas vivos de la generación del 27, Alberti y Aleixandre, y a Elena Martín Vivaldi, su

coetánea. Para entonces, García Montero había ganado ya el premio Adonais con su libro *El jardín extranjero*, que llevaba dos lemas, uno de Federico García Lorca y otro de Rafael Alberti: “Era en el comedor, primero, era en el dulce comedor de los seis,” del poema “Retorno de Chopin a través de unas manos ya idas,” de *Retornos de lo vivo lejano* (*Poesía* 491). El poema “Sus ocho nombres” lleva el lema “Tú, luna de los taxis retrasados,” tomado del poema albertiano “Cita triste de Charlot,” de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (Alberti, *Poesía* I 485). No es extraño que José-Carlos Mainer afirmara en la introducción a la *Poesía* del granadino que “el personaje poético del primer García Montero recordaba tanto al mejor Alberti” (16).

A finales de ese mayo de 1983, el día 27, fue Rafael Alberti quien, junto a Aurora Albornoz y Fanny Rubio—tres referentes del sector cultural del Partido Comunista—presentaron el libro en el Ateneo de Madrid. Entonces, García Montero declaró al también poeta y periodista Juan José Téllez: “Para mí, Alberti representa toda la trayectoria de la poesía moderna española. Desde el neopopulismo fenomenológico del 27, pasando por el gongorismo y el discurso de futuro de las vanguardias, el surrealismo, el compromiso o la alternativa existencialista” (“Retrato” 429). Otro poeta presente, Luis Antonio de Villena, percibió el carácter de alternativa o espaldarazo con que podía interpretarse el acto y tituló su crónica en el diario *El País*: “Alberti entrega la espada para un poeta nuevo.” Algo de eso hubo. En su libro *Rimado de ciudad* García Montero incluye en su primer poema, “1. Espejo, dime” la relación de poetas amigos,

[. . .] poetas que vivieron conmigo
esos momentos en que la noche nos devora.
El hielo deshaciéndose, el alma de un amigo,
el reloj olvidado de marcarnos la hora. (613)

La lista se inicia con Rafael.

A partir de entonces la relación entre Alberti y Granada y su grupo de jóvenes poetas se intensificó. Compartieron viajes literarios y marchas políticas a Rota en protesta por

la presencia de la base militar estadounidense. La colección Maillot amarillo de la Diputación de Granada, que llevaban Juan Manuel Azpitarte Almagro, un antiguo librero y profesor universitario, militante socialista desde la clandestinidad, y Luis García Montero, publicó el libro del gaditano *Los hijos del drago y otros poemas* (1986). Un año más tarde, 1987, se publica el volumen *1917 versos* en Ediciones Vanguardia Obrera como conmemoración del setenta aniversario de la Revolución soviética. Se trata de un volumen colectivo que expresa bien el activismo político del grupo a través de poemas de Javier Egea, Luis García Montero, Antonio Jiménez Millán, Benjamín Prado, Álvaro Salvador y Javier Salvago, con un prólogo de Prado titulado “La otra sentimentalidad,” en el que se hace eco de textos anteriores del grupo (sobre todo el manifiesto publicado por Álvaro Salvador, Javier Egea y Luis García Montero en Granada, 1982, de ese mismo título, o la síntesis publicada por García Montero el 8 de enero de 1983 en el diario *El País*), y en el que declara rotundo: “Rafael Alberti, capitán imprescindible de nuestros ejércitos” (“Prólogo” 9). El libro se compone de 319 versos de cada poeta y un terceto de Alberti, del soneto “*Si proibisce di buttare immondezze*” del libro *Roma, peligro para caminantes* (1968), que toman como lema:

Y ante tanta grandeza y tanto andrajo,
una mano que pinta noche abajo
por las paredes, hoces y martillos.
(Egea, 1917 5)

Ese mismo año Alberti escribió una “Imagen primera de Luis García Montero” como prólogo a su libro *Diario cómplice* (1987), en línea con las que había escrito décadas antes con los grandes escritores que había conocido en su juventud reunidas en el volumen *Imagen primera de [. . .]* (1945). En ella el gaditano se refiere encomiásticamente al joven granadino:

Yo amo a Luis García Montero, cada
vez más escapado de moldes y vaivenes,
todavía capaz del verso y la actitud
en medio de una plaza, ente ese

admirable pueblo que lo entiende y aplaude y lo recibe como a una paloma mensajera de algo que está ansioso de oír. Lo admiro abiertamente por su gran dominio de todos los medios de expresión poética, su extenso idioma heredado de todas las riquezas a los cuatro vientos de habla andaluza y sus anchos sinfines para el amor, ya con el corazón del rascacielos o con la musa cómplice perdida por los caminos o laberintos de las calles. (Alberti, “Prologo” 8)

En *Diario cómplice* el poema “Invitación al regreso” lleva el lema de Rafael Alberti “Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura,” de *Sobre los ángeles*. También lleva un lema de Alberti el poema “Coplas a la muerte de su colega”: “Qué deseos vehementes de volver a decir Jorge Manrique en medio de una plaza” (*Poesía* 637).

Ya se ha visto cómo Alberti menciona también a Javier Egea, el otro autor del *Manifiesto albertista*, como uno de sus jóvenes amigos granadinos. Egea—“un permanente y arrebatado poeta,” según Alberti le denominó en su “Imagen de Luis García Montero” (“Prólogo 7)—había empleado ya un lema de Rafael Alberti en el poema “Fronteras” del libro *A boca de parir* (1976): “Miradme, que pasa el mar,” antes de conocer al maestro (*Poesía I* 171). Después, le dedicará su libro *Raro de luna* (1990), cuya primera sección “Sombra del agua,” lleva dos lemas: uno de Federico García Lorca y otro de Alberti: “Dadle un ramo verde de luz a mi mano,” de la ya mencionada “Balada del que nunca fue a Granada” (*Poesía II* 763). Lo mismo ocurre en la sección “Raro de luna,” el de Rafael Alberti es “¡Esas islas, esas islas que el agua de las lluvias ha ido infiltrando noche a noche en el desierto de estos cinco tabiques!” del poema “Morada del alma encarcelada” del libro *Sermones y moradas* (Egea, *Poesía I* 379). Pero la presencia albertiana en *Raro de luna* es mucho más significativa, pues se ilustra con diez dibujos del poeta pintor, incluidas la cubierta y la contracubierta.

Benjamín Prado no es granadino, sino madrileño, pero le unió al grupo su relación con Alberti. Ya hemos dicho que le acompañó durante trece años como un leal amigo que no le abandonó mientras le dejaron, como relató en su libro *A la sombra del ángel. Trece años con Rafael Alberti* (2002). Él ha sido quien ha dedicado al autor de *Entre el clavel y la espada* un mayor tributo poético. En su libro *Un caso sencillo* (1986) Prado publicó el poema “El mismo que esperábamos. Rafael Alberti en 1982”; y luego en *Cobijo contra la tormenta* (1995), “La lámpara de Alberti”; en *Iceberg* (2002), “Lo mismo y lo contrario”; en *Marea humana* (2006), “El vividor.” Reunió estos poemas en *Lo que canté y dije de Rafael Alberti* (2004), donde añadió otros hasta entonces inéditos: “Canción del dragón,” “Adefesio,” “Segunda balada del andaluz perdido,” “13 deseos para Elena,” “Convalecencia.” Todo el conjunto pasó como sección a la tercera edición de *Ecuador. Poesía 1986-2001 y otros poemas* (2009). Francisco Díaz de Castro (“Presencia” 217-18, 224) registra también abundantes huellas de Alberti en poetas andaluces como Ana Rossetti, Fanny Rubio, José Ramón Ripoll y Fernando Ortiz; y en los más específicamente vinculados a Granada, como Ángeles Mora, Inmaculada Mengíbar, Rafael Juárez, Aurora Luque y Teresa Gómez.

Todos estos testimonios documentan la estrecha y especial relación que se estableció entre el grupo de jóvenes y el poeta icónico que ya había sobrepasado los ochenta años. Había algo más que respeto y admiración personal hacia el viejo militante de la literatura, algo más que camaradería política. Había razones de ideología poética con la que se sentían identificados, en la que encontraban un modelo que daba sentido a su propia manera de concebir la escritura en aquellos años 80: la convicción en la capacidad analítica de la experiencia biográfica para la comprensión de los procesos históricos y sociales, que aprendieron del magisterio de Juan Carlos Rodríguez en las aulas y en los bares de Granada.

García Montero incluyó numerosas menciones a Alberti en sus ensayos de aquellos años, como *Poesía, cuartel de invierno* (1987), reeditado en 2002 con un texto introductorio titulado “Defensa de la poesía, o el sabor de la manzana” en el que pondera el ejemplo de Rafael Alberti como poeta que asume de manera natural la inquietud política y la transmuta en búsqueda estética (22). Y considera el tono lírico del libro *De un momento a otro* (1937) como imprescindible para conocer la evolución de la poesía española posterior, de Blas de Otero a José Ángel Valente, por “su tono conversacional, sus versos entendidos como territorios propicios para el conocimiento y su interés sentimental” (García Montero, *Poesía, cuartel* 22).

Esta es la clave poética que explica la vigencia de Alberti entre quienes—en línea con el machadiano Juan de Mairena—aspiraban a conseguir “otra sentimentalidad.” Sobre todo, por el ejercicio de análisis histórico de la educación sentimental que realiza en los poemas dedicados a la familia en *De un momento a otro*, como señala Díaz de Castro (*La otra* 26), que también destaca “el papel de ‘tradición viva’ que Alberti supuso para estos jóvenes poetas justo antes—1982—del lanzamiento de los manifiestos” (*La otra* 32). Viva porque el paradigma albertiano no se refería sólo al libro publicado sesenta años antes, sino que la publicación de *Versos sueltos de cada día* (1982) lo actualizaba. Experiencial en sumo grado, esa especie de diario confesional despojado de grandilocuencia y retórica era un espejo inmediato para quienes querían “desentimentalizar” su experiencia personal y convertir su intimidad en materia histórica. El libro que acababa de publicar el autor de *Sobre los ángeles* les fascinó y corroboró que Alberti no era sólo un clásico de una brillante, aunque pasada, época de la poesía contemporánea digno de estudio, sino también un poeta que tenía aún mucho que decir a finales del siglo. García Montero declaraba a Juan José Téllez aquella noche de la presentación de *El Jardín extranjero* en el Ateneo de Madrid que el nuevo libro de Alberti no

era “en ningún momento una obra menor, ni chocha, sino que encaja perfectamente en ese proyecto vitalista que impregna su obra” (429). Opinión que ratificaría unos años después: “*Versos sueltos de cada día*, posiblemente el libro más importante de la poesía albertiana de senectud” (*Poesía, cuartel 47*).

Juan José Téllez afirma que la relación entre Luis García Montero y Rafael Alberti se rompió años después del matrimonio de este con María Asunción Mateo en julio de 1990 (434). A tenor del relato minucioso de Prado más bien podemos considerar que se la rompieron, con episodios lamentables, como la supresión de la fundación original creada por la Diputación de Cádiz, en cuyo patronato figuraban algunos de sus amigos, y la creación de otra controlada por la esposa; o la supresión en sucesivas reediciones del volumen II de *La arboleda perdida* de todos los párrafos en que Alberti mencionaba a este grupo de jóvenes poetas, asunto al que dediqué algunas páginas hace unos años (*La arboleda podada*). Pero Luis García Montero nunca dejó de manifestar su admiración al viejo poeta, ni su afecto y amistad por la persona en los numerosos textos que antes y después de su muerte en 1999 le ha dedicado, algunos de los cuales incluyo en la bibliografía. Ahora me limitaré a citar un fragmento representativo:

Vida y poesía han corrido el mismo viento en el temporal de la literatura moderna [. . .] Rafael Alberti es el poeta español contemporáneo que mejor cumple este destino de vitalismo literario y moral estética. Más que la elaboración profunda de un mundo estético propio, su poesía quiso definirse en el movimiento, en la búsqueda, en la maestría danzante, en el paso de un estilo a otro [. . .] Rafael Alberti encarna el impulso de la insatisfacción, la llama viva de un deseo que tiende a dudar del presente a favor de la elegía o del himno, del paraíso perdido o del futuro por conquistar. (“Las palabras” 46)

Y en verso le recordaría emocionado en el poema “Rafael Alberti,” del libro *Vista cansada* (2008), que viene a ser una especie de reconciliación íntima, y donde se refiere a su matrimonio:

Orgulloso de ti,
 prefiero los aciertos a la mediocridad
 del que cuenta los días y las sílabas
 para evitar errores.
 Los que han amado mucho
 no desmienten su amor
 con una mala boda

 Orgulloso de mí,
 vuelvo a ser el muchacho
 que te ha visto llegar desde la historia,
 con tu mitología
 de poetas, repúblicas y exilios. (*Vista 71*)

El poema—con varias citas del conocido “Se equivocó la paloma” fácilmente identificables y una alusión a Bécquer, poeta admirado por ambos—imagina una de las frecuentes llamadas madrugadoras de Alberti, una cita, una excursión a comer en un merendero de los montes del Pardo, en las afueras de Madrid. Pero lo importante no es el episodio recreado, sino la reivindicación del poeta y su memoria, pese a tanto descrédito póstumo generado por quien más debiera velar por su prestigio. García Montero proclama, además, su reivindicación de la calidad de la poesía albertiana y la de su actitud personal hacia el viejo poeta.

Las páginas anteriores se han centrado primordialmente en el magisterio albertiano sobre el grupo granadino de la otra sentimentalidad, y, en especial, sobre Luis García Montero; no en vano es uno de los autores más representativos de la poesía durante los años de la transición. Continuaremos con su poesía para apreciar el efecto o influencia de otros poetas del 27 desaparecidos décadas antes, con el objeto de comprobar hasta qué punto el legado de aquella promoción estaba líricamente vigente en los jóvenes poetas que

se dieron a conocer en los años ochenta, lo que demostrará que el fuerte influjo albertiano no se debió sólo al contacto personal o a la con militancia política e ideológica.

La admiración por Luis Cernuda aflora con frecuencia en la poesía de García Montero. La recuperación editorial de la obra del sevillano llegó muy a tiempo para la educación poética del granadino. Ediciones Barral publicó la *Poesía completa* en 1974 y la *Prosa completa* en 1975, y Seix Barral *Ocnos* en 1977. Además, el rechazo de la poesía *novísima* por la generación realista de los 80 fue acompañado por la adhesión a la inmediatamente anterior a aquella, la del grupo del 50, especialmente a autores como Gil de Biedma, Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald o Ángel González, con quienes García Montero tuvo una gran amistad. Ese grupo, tras el cordobés de *Cántico*, había sido el que recuperó definitivamente a Cernuda para el canon poético contemporáneo. Y Cernuda ha sido una presencia continua en sus libros, en forma de lemas o versos desde *El jardín extranjero*. El homenaje a Federico García Lorca que cierra *El jardín extranjero*, “A Federico con unas violetas” en tres partes, toma el título del poema cernudiano “A Larra con unas violetas” de *Las nubes*. Es un modo de vincular a los dos escritores, víctimas ambos de la crueldad española (uno de modo indirecto, otro de alevosa forma directa) con cien años de distancia. García Montero utiliza en su poética ofrenda como lema la cita de los versos de Cernuda, que le sirven de lema e incluso los incorpora levemente modificación, hechos suyos, al interior del poema:

“A Larra con unas violetas”

[. . .] Mas no pueden pesar sobre esa sombra
Algunas violetas
Y es grato así dejarlas,
Frescas entre la niebla.
(Cernuda, *Poesía* 265-66)

“A Federico con unas violetas III”

[. . .] Hoy no puede pesar sobre esta sombra
un ramo de violetas
y es dulce así dejarlas

fresas entre la niebla
con un rumor de cuerpos que no cesa
y esta lágrima extraña
que llamamos historia.
(García Montero, *Poesía* 106)

En *Habitaciones separadas* el poema “Fotografías veladas de la lluvia” lleva el lema de Cernuda: “Cuando la muerte quiera / una verdad quitar de entre mis manos, / las hallará vacías” del poema “Adolescente fui en días idénticos a nubes,” de *Donde habite el olvido* (García Montero, *Poesía* 289). El título del primer poema de *Vista cansada*, “Preguntas a un lector futuro,” evoca de inmediato el de Luis Cernuda “A un poeta futuro” de *Como quien espera el alba*. En ambos textos el autor se dirige a quien abrirá y leerá su libro años después de haber muerto, al destinatario de su creación. Cernuda expresa cómo en esa transmisión de su poesía culminará la razón de su existir, según una concepción romántica de la naturaleza y la función del poeta, en la que el sevillano cifró el objetivo de una vida de sufrimiento y soledad: “Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos / Tendrán razón al fin, y habré vivido” (*Poesía* 343). Luis García Montero ofrece una posición contraria, pues si ciertamente se muestra agradecido a quien habrá rescatado sus versos, salvados del olvido en la acción de la lectura, no es la fama póstuma el objetivo de su vida: “Pero no me consuela, / si yo no puedo recordar la vida” (*Vista* 20). Pocos poetas contemporáneos habrán vinculado tanto poesía y vida como él. Precisamente por ello el binomio desaparece con uno de sus términos. La existencia de García Montero incluye la poesía como elemento esencial, pero no le está supeditada como en Cernuda. Pese a esta disparidad, como vemos, el granadino ha tenido muy presente siempre al sevillano en su obra poética. *La intimidad de la serpiente* (2003) se abre con la cita del último párrafo del poema en prosa “Lo nuestro” de *Variaciones sobre tema mexicano*, donde Cernuda apuesta claramente por los desfavorecidos, que pese a la pobreza y la desolación en que habitan viven con dignidad inarrebtable:

¿Riqueza a costa del espíritu? ¿Espíritu a costa de la miseria? Ambos, espíritu y riqueza, parece imposible reunirlos. Mas no eres tú, ni acaso nadie, quien ahí pueda decidir. Piensa sólo, si lo que te importa es el espíritu, adónde debes inclinar tu simpatía. Aunque sin tu decisión racional, ya aquella, sin vacilar un momento, se te va instintivamente a un lado. Oh gente mía, mía con toda su pobreza y su desolación, tan viva, tan entrañablemente viva. (García Montero, *Poesía* 445)

El poema “También estas liras para ti” del libro *Rimado de ciudad* lleva el lema “[. . .] en los vastos jardines sin aurora [. . .]” segundo verso del famoso “Donde habite el olvido” cernudiano, con el que todo el poema presenta intertextualidad y homenajes. Se inicia con el verso “Donde el amor habita” y acaba con “allí mi corazón, aquí el olvido” (*Poesía* 657). Y aún en su penúltimo libro, *A puerta cerrada* (2017), el poema “En un libro de Luis Cernuda” surge de su lectura y está enteramente dedicado al autor de *La realidad y el deseo*, cuya dolorida peripecia vital íntima se evoca:

[. . .] Al leer su fracaso,
 sus entregas de amor, su libertad desnuda y fría,
 el rencor de su orgullo y su conmovedora
 forma de estar con la belleza,
 descubro el ser oscuro de la luz,
 la cobardía del valiente,
 la soledad primera
 de todo amor que sabe su destino.
 (*A puerta* 97)

El poema “A Federico, con unas violetas” de *El jardín extranjero*, además de las referencias cernudianas a que ya me he referido, contiene, sobre todo, como es lógico, un homenaje profundo y emocionado a García Lorca. Con él dialoga García Montero mediante numerosas presencias intertextuales de versos o títulos de poemas de *Poeta en Nueva York*, pues a aquella estancia de García Lorca en Manhattan en 1929 se refiere. La estirpe lorquiana de versos como “de la ciudad sin sueño” (v. 7), “aquellos ojos

tuyos / de mil novecientos veintinueve” (vs. 10-11), “Triste por los olivos” (v. 60), “para surgir debajo de los números,” es fácilmente identificable. García Montero ha reconocido siempre la gran importancia que en su adolescencia tuvo la figura de García Lorca, cuya sombra no ha dejado de gravitar sobre la ciudad de Granada desde su asesinato. Y basta leer la prensa granadina de los últimos años para comprobarlo.

Encontramos lemas de García Lorca ya en *Tristia* (1982), el libro al alimón de García Montero y Álvaro Salvador, firmado como Álvaro Montero, y *El jardín extranjero* (1983) se inicia con una cita del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. No podía faltar en *Vista cansada*, donde le dedica el poema “Huerta de San Vicente” que recupera aquella influencia decisiva en la formación de su sensibilidad poética y de su conciencia histórica:

Recuerdo aquellos años
 inexplicables de mi adolescencia,
 la sombra del poeta en el balcón
 de su casa cerrada

 imaginé su noche,
 de poeta fusilado,

 Buscaba en los escombros de una guerra
 aquello que no puede vivir en los escombros.
 (*Vista* 55-6)

En una entrevista con Juan Luis Tapia publicada en el diario granadino *Ideal* el 13 de febrero de 2008 afirmó al respecto: “Granada era una ciudad provinciana en la que a finales de los años cincuenta estaba muy presente la cultura franquista, la guerra civil y la muerte de Lorca.”³ De manera que intentar recuperar la ciudad de la niñez es reencontrarse con el poeta asesinado en el entorno mítico de su casa de campo, entonces en las afueras y hoy incorporada a la trama urbana.

El universo lorquiano reaparece en el poema “Nueva York,” texto de perspectivas múltiples. En él hallamos de nuevo el viaje del poeta a Estados Unidos en 1929, pero también el descubrimiento de su poesía por el adolescente García Montero:

Después habrá un muchacho que lo lea
y descubra los cienos, las arañas
de los últimos trenes, la aurora corrompida
de los años setenta. (*Vista* 82)

en referencia al sobrecogedor poema “La aurora” de *Poeta en Nueva York*. Encontramos el recuerdo de su primer libro y de su primer poema homenaje al que acabamos de aludir, con lo que la intertextualidad se enriquece muy notablemente en la segunda mitad de la siguiente estrofa: “son violetas tardías, emociones de invierno / en el puente de Brooklyn” (82).

También son numerosos los estudios sobre García Lorca que ha publicado Luis García Montero en su vertiente académica. En volúmenes colectivos, cuya relación sería muy extensa, ha hecho aproximaciones a su taller juvenil, a su teatro, a sus vínculos con Granada, a sus protagonistas poéticos, a *Poeta en Nueva York*, etc. Algunos fueron incluidos en el volumen ya citado *La palabra de Ícaro* junto a los dedicados a Rafael Alberti; y recientemente ha analizado la formación literaria e intelectual del autor de *Diván del Tamarit* en su libro *Un lector llamado Federico García Lorca* (2016).

Los datos expuestos avalan la tesis de que los poetas de la generación del 27, que durante la posguerra se convirtieron en símbolo de la España mejor que no pudo ser a causa de la ruptura de la legalidad republicana por las armas del fascismo, mantuvieron su influencia entre la promoción de nuevos poetas surgida tras la muerte de Franco, de los que Luis García Montero es un excelente exponente; no sólo como paradigma cívico y ético, sino también como modelo poético; bien a través de su magisterio directo, caso de Rafael Alberti, bien mediante el legado que transmiten las obras de quienes habían fallecido muchos años antes, como Federico García Lorca y Luis Cernuda.

Notas

¹El autor tiene en su posesión copias de las dos fotografías, pero sin poder identificar quién tiene los derechos, no ha sido posible reproducirlas aquí.

²<http://sinfonidelaspalabras.blogspot.com/2009/12/el-poeta-se-acuerda-de-su-vida-homenaje.html>.

³<https://www.ideal.es/granada/20080213/cultura/intelectuales-nunca-deben-adornos-20080213.html>. Consultado el 01/05/2021.

Obras citadas

- Alberti, Rafael. *Baladas y canciones del Paraná*. (*Poesía*. II. 1939-1963). Edición de Luis García Montero, Aguilar, 1988.
- . *La arboleda perdida II*. Seix Barral, 1987.
- . *Marinero en tierra*. Biblioteca Nueva, 1925.
- . “Prólogo: Imagen de Luis García Montero.” *Diario cómplice* por Luis García Montero, Hiperión, 1987, pp. 8-9.
- . *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*. (*Poesía I*. 1924-1938). Aguilar, 1988.
- Cernuda, Luis. *Poesía completa I*. Edición de Derek Harris y Luis Maristany, Siruela, 1993.
- Díaz de Castro, Francisco. *La otra sentimentalidad: Estudio y antología*. Fundación José Manuel Lara, 2003.
- . “Presencia de Rafael Alberti en la poesía española de posguerra (Una primera aproximación).” *A zaga de tu huella: Homenaje al profesor Cristóbal Cuevas*, coordinado por Salvador Montesa, Universidad de Málaga, 2005, pp. 185-228.
- Egea, Javier. *A boca de parir*. Universidad de Granada, 1976.
- . *Poesía completa (vol. I)*. Edición de José Luis Alcántara y Juan Antonio Hernández García, Prólogo de Manuel Rico, Bartleby, 2011.
- . *Raro de luna*. Hiperión, 1990.
- Egea, Javier, y Luis García Montero. *El manifiesto albertista*. Con una “Bienvenida Marinera” de Álvaro Salvador y una “Despedida Picassiana” de Antonio Sánchez Trigueros. Don Quijote, 1982.
- Egea, Javier, et al. *1917 versos*. Ediciones Vanguardia Obrera, 1987.
- García Montero, Luis. *A puerta cerrada*. Visor, 2017.
- . “Alberti, poeta del exilio.” *Cuadernos hispanoamericanos*, no. 485-86, 1990, pp. 179-88.
- . “Cuando tú apareciste.” *Rafael Alberti y María Teresa León cumplen cien años*, editado por Julio Neira, Cajacantabria, 2004, pp. 11-24.
- . *El jardín extranjero*. Rialp, 1983.
- . *Entrevista con Juan Luis Tapia*. “Los intelectuales nunca deben ser adornos del poder,” Ideal, 13 febrero de 2008. <https://www.ideal.es/granada/20080213/cultura/intelectuales-nunca-deben-adornos-20080213.html>.

- . *Habitaciones separadas*. Visor, 1994.
- . “La conciencia y la identidad: *Baladas y canciones del Paraná*,” *Rafael Alberti libro a libro*, coordinado por Manuel Ramos Ortega y José Jurado Morales, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 353-68.
- . *La intimidad de la serpiente*. Tusquets, 2003.
- . *La palabra de Ícaro. Estudios literarios sobre García Lorca y Alberti*, Universidad de Granada, 1996.
- . “Las lecciones de Rafael Alberti.” *Cuadernos hispanoamericanos*, 719, 2010, pp. 31-50.
- . “Las palabras de Alberti.” *El maquinista de la generación*, 1-2, 2000, pp. 46-47.
- . *Poesía (1980-2005)*, prólogo de José-Carlos Mainer. Tusquets, 2006.
- . *Poesía, cuartel de invierno*. Seix Barral, 2002.
- . “Rafael Alberti, pasando por Cervantes, admira por fin a Benito Pérez Galdós.” *Cuadernos hispanoamericanos*, no. 841-42, 2020, pp. 164-79.
- . “Rafael Alberti y la pintura.” *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, vol. 5, no. 9, 1991, pp. 51-64.
- . *Rimado de ciudad. Poesía (1980-2005)*, pp. 611-63.
- . *Vista cansada*. Visor, 2008.
- Iravedra Araceli. “Nosotros lo llamamos camarada’: Notas sobre Alberti y la otra sentimentalidad.” *Ínsula*, no. 732, diciembre 2007, pp. 21-24.
- Jiménez Millán, Antonio. “Pureza y compromiso en la Generación del 27.” *Lecturas del 27*, editado por Emilio Orozco, Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, 1980, pp. 199-245.
- Jiménez Millán, Antonio, y Andrés Soria, editores. “Textos y documentos: Revista Octubre” (Dossier). *Letras del Sur*, no. 1, 1978, pp. 17-28.
- Lanz, Juan José. *Nuevos y novísimos poetas en la estela del 68*. Renacimiento, 2011.
- Neira, Julio. “El magisterio de Vicente Aleixandre.” *La poesía de Vicente Aleixandre: Cuarenta años después del Nobel*, editado por Francisco Morales Lomas y Remedios Sánchez, Marcial Pons, 2017, pp. 187-94.
- . “La arboleda podada.” *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto 2010, no. 721-22, pp. 226-39.
- . “Vicente Aleixandre, faro en la posguerra: *La Isla de los Ratones*.” *La Isla de los Ratones: Poesía española de medio siglo*, Caja Cantabria, 1998, pp. 217-44.
- Prado, Benjamín. *A la sombra del ángel: Trece años con Rafael Alberti*. Aguilar, 2002.
- . “Prólogo: La otra sentimentalidad.” *1917 versos* por Javier Egea, et. al. Ediciones Vanguardia Obrera, 1987.
- Prieto de Paula, Ángel Luis. “Vicente Aleixandre: un maestro más allá de sus versos.” *Vicente Aleixandre*, Devenir, 2009, pp. 181-94.
- Rivero Machina, Antonio. *Posguerra y poesía. Construcciones críticas y realidad histórica*, Anthropos, 2017.
- Rodríguez Juan Carlos. “Albertiana I. (Las etapas poéticas de un poeta en la calle)” y “Albertiana II. Un modo de lectura textual (La poética de Alberti a través de un soneto de Roma, peligro para caminantes),” *La norma literaria*, Diputación de Granada, 1984, pp. 272-90.
- Salvador Jofre, Álvaro. *Granada en la poesía del regreso de Rafael Alberti*. Academia de Buenas Letras de Granada, 2006.
- Soria Olmedo, Andrés. “El producto de una crisis: *Sobre los Ángeles* de Rafael Alberti.” *Lecturas del 27*, editado por Emilio Orozco, Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, 1980. pp.155-98.
- Téllez Juan José. *Eternidad Yacente: Estudios sobre la obra de Rafael Alberti*. Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, 1985.
- . “Retrato del poeta recién publicado.” *La hora de escribir: Perspectivas sobre Luis García Montero*, editado por J. C. Abril y J. C. Fernández Serrato, Visor, 2018, pp. 425-42.